

la guerra, ninguna guerra es justa en sí misma; si lo fuera, habría que perpetuarla para que todos pudiéramos gozar de su bonanza. La guerra puede ser justa si su fin lo es, pero una guerra sólo se puede declarar ante otra amenaza de guerra.

Y eso fue lo que hizo Sadam Hussein el 2 de agosto del año pasado, al invadir Kuwait y cerrar los oídos a las propuestas que los diversos gobiernos y organizaciones (incluidos los árabes) le hicieron. El inicio de la guerra por parte de las fuerzas aliadas el 17 de enero es, en realidad, una respuesta a una agresión militar expansionista que había comenzado cinco meses antes. No es una guerra por el precio del petróleo. La reducción de este conflicto al precio del barril roza lo bellaco y trata de atribuir una *pobreza* que no tienen a los pueblos exportadores de petróleo. Debe recordarse que Irak es la quinta potencia militar del mundo, gracias a que ha invertido el 45 por 100 de su presupuesto en armas. No así Arabia Saudí.

Paso a otra cosa. ¿Tienen las fuerzas aliadas alguna otra intención aparte de la ecoómica, armamentística (reducción o control), diplomática, etcétera? Sin duda, pero esto no debería hacernos desgarrar las vestiduras, y todavía menos a cierta izquierda ideológica que ha defendido crímenes en nombre de revoluciones inexistentes y otras tiranías pertenecientes a las abstracciones enfermizas de nuestro siglo. Ni desgarrarse las vestiduras ni acogerse a sagrado, gesto muy propio de nuestro libertino barroco que, después de una vida de crápula, se recogía en algún monasterio para expiar los males de este mundo. En este caso el recogimiento es ideológico: los intelectuales pacifistas juzgan desde la eternidad y desde una ética metafísica: el bien, lo bueno, etcétera, cuyos atributos se aplican a ellos mismos por el solo hecho de desearlo.

Es curioso que estos denostadores del capitalismo, el consumo, las modas norteamericanas y otras tentaciones, sean los primeros en exigir sumas astronómicas por dar conferencias que ni siquiera llegan a escribir. Algunos de ellos se asoman a las troneras de los periódicos para sermonear a lo que, en los medios de comunicación, se denomina *público*. Clérigos, al fin y al cabo.

Vuelvo a la paz. ¿Qué significa pedir la paz? Que Kuwait sea la decimonoventa provincia de Irak por la gracia de Sadam Hussein. Volvamos al diálogo, dicen, hay que alcanzar la paz y luego convencerlo. Pero Hussein en dos o tres años controlaría la producción de la tercera parte del petróleo mundial y, sin duda alguna, se convertiría en la segunda o tercera potencia militar. Evidentemente, se lanzarían al desarrollo militar nuclear, y ¿quién lo duda?, tomarían Arabia Saudí sin que nadie pudiera impedirlo. Quienes piensan que se puede convencer a Sadam, ¿qué dicen de que ni con la guerra se avenga a razones? Una guerra, no se olvide, en la que participan, en contra suya, pueblos árabes. Y una guerra que va a perder, cosa que no se ignora.

Aunque Sadam Hussein sabe que va a perder la guerra, no le importa sacrificar a sus tropas y a su pueblo. Jamás ha tenido compasión ni le importa la opinión pública. Por lo pronto, en su país no la ha habido, y para saber qué opinan de verdad los irakíes hay que oír a los exiliados y refugiados en otros países. Como ha declarado recientemente, él puede soportar el sacrificio de miles de soldados irakíes; las fuerzas occidentales, no. George Bush tiene que dar cuenta de lo que hace; Sadam, no. Sadam puede sacrificar a su país en una guerra que ningún estratega militar podría garantizarle que ganará. Por ello, porque sabe de su derrota, ha tratado de implicar a otros pueblos. A Israel, para provocar; a los palestinos, para engañarlos y utilizarlos como soporte moral de su invasión. En realidad, Sadam sacrificaría a todos los pueblos árabes si él pudiera salir victorioso. Es un caso psicológico. Ignoro si puede calificársele de loco, como a Hitler, pero su desmesurada ambición y su carencia extrema de sensatez y compasión para con su pueblo (que viene desde su toma del poder en 1979, no de ahora) puede calificarse de criminal. Por otro lado, loco o no, lo que importan son los poderes que su locura detenta.

¿Y creen los pacifistas que dos, tres, veinte años de embargo y conversaciones, siempre que esto fuera posible, le convencerían? Moriría su pueblo de hambre y enfermedades, pero él, que tantos hombres puede sacrificar, permanecería intacto en su búnker. Su búnker, capaz de soportar una bomba nuclear que le cayera encima, es más frágil que su conciencia.

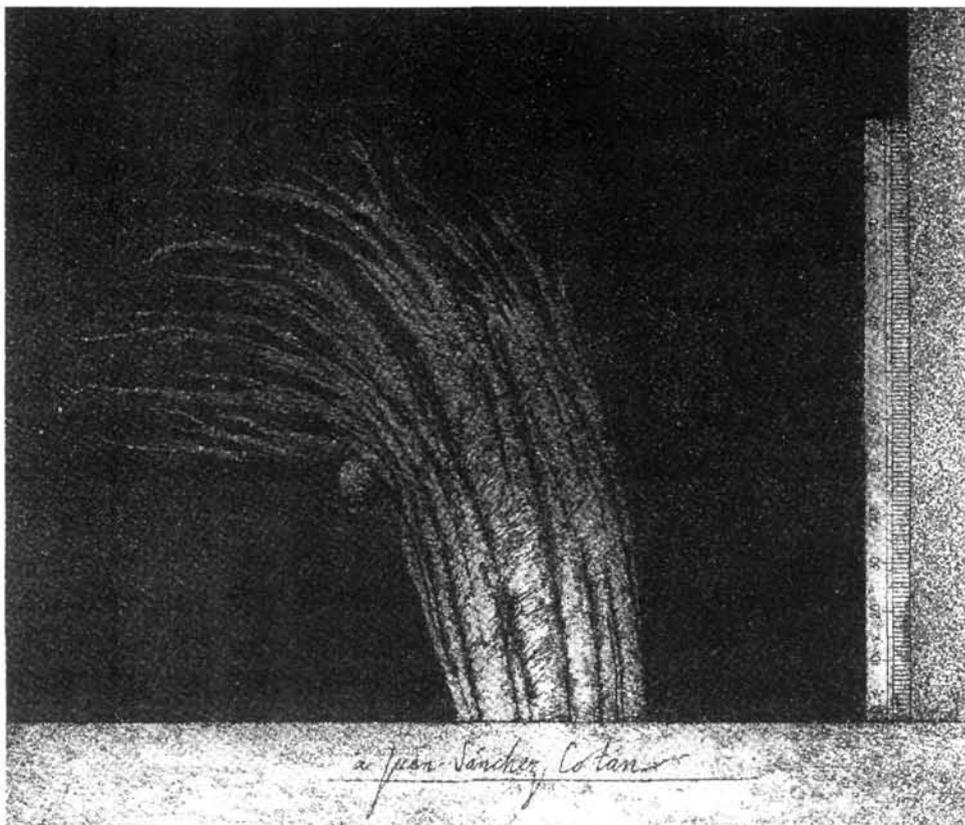
Me han sorprendido las manifestaciones filohusseinianas de los pueblos del Magreb. En la conciencia de todos ellos debería haber un kurdo que les recordara cómo se muere bajo los efectos del gas mostaza. Cualquier árabe y cualquier occidental puede sentirse frente a Sadam —siempre que quiera una paz digna y que olvide el maniqueísmo de cualquier fundamentalismo— como un kurdo de los que él mandó gasear.

Y en cuanto a qué sucederá después de la guerra, lo ignoro, pero los occidentales deberíamos exportar no armas sino democracia, y en ese espacio abierto a los otros, deberíamos oír a los pueblos árabes, unos pueblos que a su vez deberían comenzar a oír también a los otros, no para oponerles absolutos sino para compartir las palabras de todos los días.

1 de noviembre de 1991

El pintor José Hernández. La señora o el señor de la primera fila preguntó, con voz meliflua y haciendo referencia a que ella (o él) también pintaba, por los monstruos. El pintor, cayendo tal vez por timidez en la trampa, respondió acerca de ellos. Cuando se habla de la pintura de José Hernán-

José Hernández:
Bodegón-Homenaje,
Aguafuerte, 1990



dez parece obligado hablar de monstruos y de exteriorizaciones catárticas de los mismos. Un periodista, Manuel Vicent, asegura que la obra de Hernández no tiene filiación surrealista porque es racional, pero, no olvidaba de remachar el escritor, es un pintor alucinado y su pintura, siguiendo las posibilidades del término, alucinada.

Un pintor alucinado, o un cocinero, pongamos por ejemplo, no tiene capacidad para ver otra cosa que aquello que llama de manera singular su atención. La alucinación imanta eludiendo el resto de la realidad. No sé si José Hernández es un pintor surrealista, pero pintores que lo han sido, como Salvador Dalí o Max Ernst, no fueron precisamente ajenos a la reflexión. Quizá, Vicent pensaba más, al decir esto, en la escritura automática que en la pintura, que es, por regla general, de proceso relativamente lento. Claro que se puede pintar un cuadro durante un año y no saber lo que se pinta; se puede ser ingenuo o alucinado o carecer de conciencia.

De cualquier manera, por racional, Hernández no está reñido con el surrealismo. Más racional y teórico era André Breton y se inventó el surrealismo. José Corredor-Matheos, en un lujoso libro que prologa (*José Hernández*), matiza esta opinión de Vicent al decir que Hernández es más bien presurrealista, es decir: que participa de la estirpe de escritores como Lau-